

La mujer que mira por la ventana

Era primera hora de la noche de uno de esos domingos fríos de no hace mucho tiempo y yo había entrado en aquel bar a ver la segunda parte de un partido de fútbol. El local era estrecho, tenía forma rectangular y los asientos, como los de las limusinas o los de ciertos trenes, se daban frente dos a dos, con una mesa de por medio. El televisor estaba colocado a un extremo, de forma que a unos asientos les cogía de frente y a otros de espaldas. Junto a la barra, unos hombres miraban sin demasiado entusiasmo al aparato o charlaban amigablemente. Sólo los asientos que daban frente al televisor estaban ocupados, todos ellos por espectadores atentos que de vez en cuando comentaban en voz alta una jugada. La única excepción era una mujer que miraba a la calle tan triste como aburrida. Podía tener cuarenta años, quizá menos. Iba bien vestida y se notaba que había puesto especial esmero en eso que erróneamente se llama arreglarse. Frente a ella estaban sentados dos hombres (intuí que uno era su marido) que seguían extasiados el devenir el partido.

Ya he dicho que afuera, en la calle, hacía frío, y digo ahora que por la calle no pasaba un alma. Nada había fuera que mereciera la atención ni de aquella mujer ni de nadie. Si miraba allí –pensé–, sólo era porque para ella dentro había menos que ver, a pesar del fútbol. Me la imaginé en su casa, buscando uno de esos vestidos que las mujeres se compran para las ocasiones, la imaginé dando las últimas instrucciones a los niños y la imaginé maquillándose y retocándose el pelo: después de tanto tiempo, su marido y ella iban a salir.

Quizá salir fuera otra cosa, y no sólo lo que yo vi. Uno, sin embargo, es dado a la imaginación y, cuando ve una situación literaria, imagina. Imaginé, por ejemplo, que para aquella pareja salir sólo era ir a un bar a ver el fútbol, que era tanto como decir que él iba a ver el fútbol (solo o con un amigo) y ella a mirar por la ventana. Los imaginé viendo la televisión en la salita de su casa en veladas interminables donde no se cruzaban ni media palabra. En mis imaginaciones, ella también trabajaba fuera de su casa. Ambos volvían casi a la misma hora del trabajo pero era ella la que llevaba todo el peso del hogar, aunque el marido –que

presumía de moderno— creyera lo contrario porque fregaban los platos entre los dos. El marido no hacía más porque volvía cansado o tenía que asistir a las reuniones de alguna asociación de la que sería directivo y, los sábados y los domingos, porque tenía que ir al fútbol o de caza o de pesca o a beberse una cerveza con los amigos, a eso, en fin, que los hombres hacen porque se lo pide su naturaleza, porque si no lo hacen se les quema la sangre y no hay quien los aguante. Ella también salía, aunque era para ir a las reuniones del colegio de los niños, o a hacer la carroza para la cabalgata de los Reyes Magos, o para asistir a la madre de él, que la pobre estaría un poco changada y no iba a ponerse su hijo a fregar teniendo a una nuera en lo mejor de la vida.

Imaginé esa lejana ilusión de juventud por crear una familia y vi en lo que había quedado, vi la rutina hecha carne (el lavar para que luego se ensucie, el planchar para que luego se arrugue), el desagrdecimiento (el hacer comidas especiales para que no te digan ni qué buena está), la desesperanza (el sacrificarte por los hijos para descubrir un día que son unos seres extraños a ti), vi el tedio y vi que detrás de aquella triste mirada a ninguna parte había una vida desaprovechada.

Juan Bosco Castilla